



Singular San Pedro

Este próximo julio habrán pasado trece años desde que las obligaciones profesionales me trajeran a la Costa del Sol. Conocía Marbella de un par de viajes anteriores, pero poco sabía de la ciudad y sus gentes, más allá de la imagen y el tópico del glamour y la jet set, de las que tanto se abusó. Muchos recuerdos guardo de aquella época en que cada calle y rincón, cada personaje y su historia, despertaban en mí la curiosidad espontánea del recién llegado, de quien arriba a un nuevo lugar para hacerse con esas otras voces y otros ámbitos que me resultaban ajenas entonces, y que ahora son parte de mi vida.

De entre esos descubrimientos que hice míos a medida que Marbella me iba perteneciendo, San Pedro Alcántara supuso no un grato, sino un feliz encuentro con sus habitantes. Si la primera me llenaba de dudas e incertidumbres, la segunda me desvelaba certezas y la seguridad de que la colonia agrícola que en su día fue, asentada en una hermosa vega a orillas del Mediterráneo, no había sucumbido del todo al vértigo del devenir de los días feroces de construcción y masas de turistas: San Pedro me olía a caña de azúcar, a jornaleros y colonos, a campo y regadíos, a alcohol y a mos-

catel. Porque ese poblado agrícola, que mal equivocadamente pensé era sólo una extensión natural de la Marbella cosmopolita y frívola, tenía no sólo identidad propia, sino que fue autosuficiente hasta su posterior desmantelamiento, y de su herencia de colonia modelo y aventajada alumna de la incipiente España industrial, permanecían restos y vestigios que eran algo más que La Alcoholera de El Ingenio, la Casa del Economato o la Villa de San Luis. Ahí pervivía el sentimiento último y verdadero de su propia identidad y costumbres, el añejo sello de las cosas y gentes auténticas. San Pedro, al fin, era para mí un pueblo, una de esas evidencias que el gran Ernesto Sábato sugiere no necesitan demostración alguna.

Y lo ha seguido siendo, ahora quizás con más ímpetu que nunca, una vez superado el duro trance de los últimos once años. San Pedro Alcántara siempre le ha respondido a la vecina Marbella en capítulos que le honran. Esa voz propia a la que arriba aludo, se alzó, para vergüenza del ominoso silencio de tantos y tantos, en temas de vital y urgente interés para la comunidad: el soterramiento de la tortuosa nacional 340, Fuente Nueva, García Lorca, la Plaza de la Iglesia, el Ingenio, las 9000 firmas de la segregación... San Pedro ha sabido mantener vivo el palpito de una singularidad que hace grandes a sus vecinos, y ninguna política venció su querencia por ser lo que fue, sabiéndose distinta a cuenta de sus méritos, que son orgullo y hecho diferencial, a mi modo de ver, indiscutibles.